INSTANTES con ANIANO

FLORES CORO BENCOMO

Raíces

INSTANTES con ANIANO

FLORES CORO BENCOMO (Pinar del Río, 1954). Técnico Medio en Comunicaciones Electrónicas y Transmisiones de Datos. Poeta, guitarrista y compositor. Sus canciones forman parte del repertorio de destacadas agrupaciones de la provincia. Finalista del Pedro Junco. Ha obtenido premios y menciones en encuentros de talleres literarios.

INSTANTES con ANIANO

FLORES CORO BENCOMO

EDICIONES
LOYNAZ

Edición: *Alfredo Galiano Rodríguez*
Diseño interior y de cubierta: *Iliá Valdes Hernández*
Corrección: *Dunia González Hernández*

© Flores Coro Bencomo, 2017
© Sobre la presente edición:
Ediciones Loynaz, 2017

ISBN: 978-959-219-507-3

Ediciones Loynaz
Calle Maceo no. 211, esquina a Alameda; Pinar del Río, Cuba.
E-mail: loynaz@pinarte.cult.cu

Prefacio

Viñales es tierra de poetas y pintores, de campesi-nos y obreros, de empinadas lomas y mogotes altivos; de verdes pinares, profundas cañadas y arroyuelos que atraviesan valles de belleza unánime.

Es aquí, en la zona antes conocida como Consolación de La Chorrera, hoy Laguna de Piedra, que nace, el 17 de noviembre de 1907, Aniano Coro Cordero, primer hijo del matrimonio formado por Antonio Coro Piloto y Eligia Cordero León. Era una época difícil para los cubanos, en particular para los campesinos, cuyo único modo de vida era extraer el sustento de la tierra que trabajaban sin descanso.

La niñez de Aniano transcurre en este medio y en tales circunstancias, junto a los hermanos que fueron naciendo. Las penurias que padecía la familia no impidieron, sin embargo, que el niño fuera desarrollando su inteligencia y su sorprendente personalidad.

Aniano fue polifacético, le interesaban prácticamente todas las ramas del saber. A pesar de que no pudo asistir a la universidad, muchos de los intelectuales de la zona se nutrieron de este singular hombre.

Dominaba varios instrumentos musicales; adquirió conocimientos teóricos y prácticos relacionados con la ebanistería, la electricidad y la arquitectura; fue mago, cómico, literato y poeta repentista; se interesó, además, por la botánica y las matemáticas.

Como fotógrafo, dejó para la historia la imagen de la primera máquina aérea que cruzó por Viñales.

Es considerado, por muchos, el primer alpinista viñalero. En 1930, por una ladera imposible, sube a una cueva en la boca de la cual deja, como testimonio, una camisa de su propiedad. En 1950, alcanza la cima del mogote Puerto de Ancón y pone un letrero o anuncio: «Hatuey Jacarandosa», para la cerveza Hatuey.

En 1930 crea el *Trío Tiburón*, con el cual incursiona por otras provincias; más tarde forma el *Conjunto Sonero de Viñales*, destacándose por su música bailable. Fue integrante de los *Comandos de Chichí*, en Herradura.

Por otra parte, Aniano fue miembro del 26 de Julio.

Cuando murió, el 13 de diciembre de 1979, era ya una leyenda viva en la provincia.

DÉCIMAS

Bermejales

Ahora que estoy en Viñales
les daré una relación
de lo que valen y son
los Baños de Bermejales.
Sus fértiles manantiales,
sus praderas montañosas,
sus corrientes bulliciosas
van dejando en el camino
el color verde azulino
de las aguas sulfurosas.

¡Oh! Con cuánto desconsuelo
voy a morir en Viñales
y no llevo a Bermejales
una flecha y un anzuelo.
Allí cualquier arroyuelo
de peces tiene un tesoro;
el bonito tocororo,
solo con su canto viene
y pareciera que tiene
las plumas de plata y oro.

Ves allí cuando amanece
dormida en cada colina
la densa y blanca neblina
que luego desaparece.

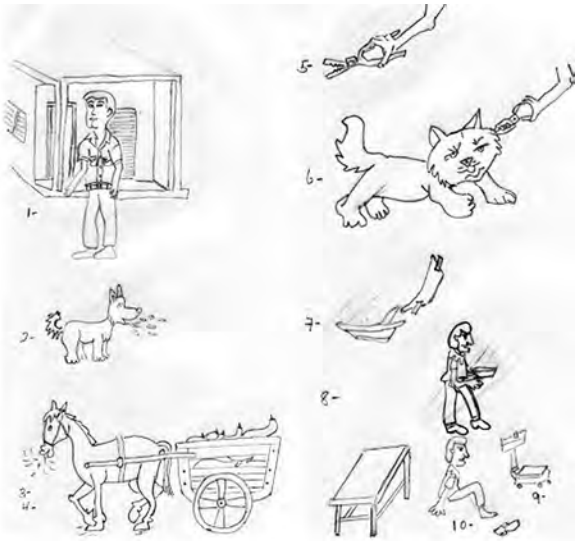
El céfiro suave mece
los lirios multicolores
y cuando los resplandores
del sol ganan el Oriente
invade al montuno ambiente
la fragancia de las flores.

Allí ves al carpintero,
al tomeguín, al mayito,
al pitirre y al negrito,
al zorzal y al sabanero.
Con la paloma, el arriero,
el tocororo, el judío,
y empapada de rocío
alguna que otra tojosa
en la cobija se posa
del solitario bohío.

¡Benditas tus mansas fuentes!,
pues a la par que te alejas
te vas llevando las quejas
de tantísimos dolientes.
Llevarás en tus corrientes
tanto bien que nos has hecho,
sigue por tu cauce estrecho,
el que te impuso natura,
que tengas por sepultura
un ancho y salado lecho.

Décimas gráficas

I



Al pasar por una casa
me salió un perro ladrando
y un caballo relinchando
preñado de calabaza.
Eché mano a una tenaza
para pegársela a un gato,
serví la sopa en un plato
y al dirigirme a la mesa,
tropecé con una pesa
y se me salió un zapato.

II

Sobre una mesa hay un plato,
sobre la silla, un sombrero;
un tenedor, un caldero,
una gallina y un pato.
Una media, un zapato,
una guajira lavando,
un guardia rural pescando,
un viejo sin pantalones,
una lesna, dos botones
y un perro sato ladrando

La guajira milagrosa de los Cayos de San Felipe

Dios y la virgen María
a su niño bautizaron,
gracia que le regalaron
porque ella lo merecía.
Aquí hay varios, todavía,
que aún no lo quieren ver.
Pero qué vamos a hacer
del mundo sin la memoria
escoltada por la historia,
de la Antoñica en su hacer.

Hoy quiero, más que otra cosa,
publicar una memoria
de la verdadera historia
de Antonia, *La Milagrosa*.
Cuando esta mujer gloriosa
usó el poder concedido
para que de lo ocurrido
todo el mundo conociera,
¡le ofrece la cordillera
el más cálido vestido!

Su celeste aire tenía
un matiz tan diferente
que yo, lápiz impaciente,
entrevistarla quería.

Pero no lo conseguía
y regresé a mi aposento
para escuchar, siempre atento,
el tenso rumor del valle.
No perdí un solo detalle
del gran acontecimiento.

El día quince de mayo
volví a casa de Antoñica
y fue su encierro, me explica,
un receso del ensayo.
Me dijo: «Ahora me hallo
orgullosa de tener
en el mundo tanto ser
que se interesa por mí;
y tan libre como fui
he conseguido volver».

Me dijo: «Quiero contarte
mi historia desde el principio
sin perder un solo ripio
de lo que toca a mi parte.
El siete de enero, *marte*,
sorprende la calentura
en delicada criatura
víctima de mil tormentos,
en los felices momentos
que afilan su dentadura.

»Yo estaba desesperada
sin hallar remedio alguno

invoqué el nombre oportuno
de la voluntad sagrada.
El día ocho, arrodillada,
y al recordarlo me aflijo,
desde aquel rincón me dijo
una voz no acostumbrada:
“Antonia, de madrugada
en ayunas baña a tu hijo”.

»Y tal como sugería
el llamado celestial,
salvé a mi niño del mal
que amenazándolo había.
Mas luego, al siguiente día,
que era jueves, desde allí,
en el rincón percibí,
cuando amaneciendo estaba,
una voz que me agitaba:
“Búscame votos a mí”.

»Llegado el día siguiente
cumplí la santa misión
y regresé a mi mansión
a las diez, seguramente.
Al regreso ya la gente
mi hogar había invadido.
Yo les cuento lo ocurrido
y comprenden que alguien vino
a darme el poder divino
que a esta cima me ha traído».

«Bueno, Antoñica, y la vez
que a Viñales fue llamada
por haber sido acusada,
¿qué cosa le dijo al juez?».
Con marcada sensatez
me ofreció la conclusión:
«Escucho la acusación:
"¿Qué testigos trae en pos?
¿Cuáles?". "La Virgen y Dios".
Y logré la absolución».

El doctor, ingenuamente,
a quien escribe, le dijo:
«Ponga que ha muerto su hijo
ayer tarde de repente».
Lágrimas, cada doliente
hace mucho que ya echó
cuando Antoñica afirmó
con aquel sufrir tan fuerte:
«Si Dios le mandó la muerte,
en manos de Dios murió».

«Antoñica, y en La Habana,
me perdona la imprudencia,
¿fue tratada con decencia
o fue la gente tirana?».
«En la capital cubana,
excepto algún imprudente,
todo el mundo fue decente.
Allá se me respetaba
como jamás yo esperaba
que me tratara esa gente».

«¿Y le extrañó esa atención?».
«Claro, al verme entre la gente
que me juzgaban demente,
¿cuál era mi situación?
El médico, de tensión,
no sabía ya qué hacer,
queriéndome convencer
me tapa nariz y boca
diciendo: "Respira, loca,
por el divino poder".

»¿Recuerda la vez aquella»,
le dije, «cuando Jesús,
allá clavado en la cruz,
no quiso escaparse de ella?
Así es la grandiosa y bella
presencia del Redentor».
«¿Eres es Jesús?». «No, doctor,
tan solo Antoñica Izquierdo
y de fe llena recuerdo
las palabras del Señor».

»En el momento llegó
cerca de mí un magistrado
que soberbio y envarado
a preguntarme empezó:
"¿Usted es curandera?". "No".
"¿Y cómo la Isla entera
la llama de esa manera?".
"Porque alguien se está curando
con el agua que yo mando
y me dicen *milagrera*".

“¿Su religión?”. “La cristiana”.
“¿Su casa?”. “Un hogar de yaguas
junto a un río cuyas aguas
fertilizan la sabana”.
“Y usted, ¿qué es?”. “¿Yo? Cubana”.
“¿Y no teme, en ocasiones,
que le hagan acusaciones?”.
“No, porque en ningún momento
receto medicamento:
yo reparto bendiciones.

Como mandato divino
doy agua en lugar de droga
lo mismo que a usted, la toga,
que al más pobre campesino”.
“¿Y cómo a La Habana vino
en calidad de demente?
En su casa últimamente
no lo estuvo usted tampoco
porque yo creo que un loco
no tenga ningún creyente”.

»Se fue aquel, pero otro vino:
“Alza los brazos”, me dijo,
“¡lleva usted un crucifijo!
Si tanto ama al ser divino,
cuéntame por el camino
los días de una semana”.
»Los conté de mala gana
y al quererlos al revés
le dije vuelva otra vez
que ahora no quiero jarana.

»Cuando el hospital dejé
los periodistas vinieron,
las mil preguntas que hicieron
atenta las contesté.
Les dije: “No curaré;
mas, si mañana al llegar
a las puertas del hogar
muchos creyentes me esperan,
el favor que de mí quieran
no se los podré negar”.

»Cuando la calle ganaba,
me abordó el pueblo curioso
y un automóvil lujoso
parqueado allí me esperaba.
Cómoda en él, ya rodaba;
al hotel Madrid llegó.
“¿De quién es”, pregunto yo,
“este bellísimo carro?”.
“De José Antonio Navarro”,
alguien allí contestó.

»A mi presencia vivieron,
con ese mismo señor,
otros muchos en mi honor
que gran banquete ofrecieron.
Y más tarde me trajeron
hasta mi Pinar del Río.
Al molestarme el gentío,
como invocando un favor,
le dije al Gobernador:
“Condúzcame a mi bohío”.

»Más tarde fui complacida,
y al llegar a mi morada
me vi de nuevo rodeada
por mi familia querida.
Mis creyentes, enseguida,
se congregan en la estancia.
Me revelan la inconstancia
de personas envidiosas;
me enteran de varias cosas,
para mí, de gran sustancia.

»Por la bendición, veloz
ya pueden venir. Las puertas
de mi hogar están abiertas
al espíritu de Dios.
Si a mí la auténtica voz
del Inmaculado Ser
me ha confiado tal poder,
solo la muerte pudiera
evitar que bendijera
a los que saben querer».

Acróstico

La mañana nació hermosa,
la luz solar se esparcía,
el campo nos ofrecía
verde alfombra, olor a rosa.
En la brisa quejumbrosa,
murmurante y atrevida,
estaba impresa, esculpida,
la alegría; y por virtud
asomaba la inquietud
sobre la hierba dormida.

Reverdecía el follaje,
el céfiro conducía,
vida, ley y poesía
iba invadiendo el paisaje.
Sobre algún blanco celaje,
tan pocos esa mañana,
alguna grulla lejana
su canto empieza, y con celo
escudriña desde el cielo
la extensión de la sabana.

Los pajarillos parleros,
unidos en su festín,
nublan trinando el jardín,
el patio y otros senderos.

Sus cantares placenteros
armonizan plenamente
con la fecha y el ambiente
anunciando, sin querer,
solo un sagrado deber
al hijo que quiere y siente.

Duerme en paz la madre muerta
en el seno de la tierra,
gloria para el hijo encierra,
o ser: cuerpo y tumba yerta.
Y como guardián alerta,
orgulloso y satisfecho,
luce gallardo y derecho
un lirio fresco y fragante.
Y yo lo puse al instante
sobre mi angustiado pecho.

(Motivado por las revistas que pidió Aniano Coro a su amigo Celo Rábago un día de las Madres).

Décima sin *a*

Yo soy de donde el verdor
es distinto en occidente,
y donde vive su gente
todo el goce en su esplendor.
De su rítmico folclor
sigue en todo lo infinito
y si de él necesito,
con el sonido del tres,
te improviso porque es
mi suelo y el de Benito.

Décima con *ce* **y con** *eñe*

Con *ce* y con *eñe* campiña,
cañaveral, cañamazo,
compañía, cañonazo,
ceño, castaño, Cotiña.
También cabaña, Coíña,
carabaña, cañadón,
compañero, Castañón,
cuñado, concuño, cuña;
y caña y cuño, y cañón.

A un amigo poeta

Dices que pulsas la lira
y que lo haces con falacia;
pues no haces ninguna gracia
porque falacia es mentira.
Antes de escribir se mira;
y más tú que, en la porfía,
desconoces todavía
el idioma castellano;
y estás insultando a Aniano,
el mago de la poesía.

Viñales

Viñales, potro del día
que domé con mis cantares,
sobre tus tiernos ijares
se grabó mi poesía.
Te recuerdo todavía
en toda tu nitidez,
y ahora que en la vejez
me bendice tu recuerdo,
laten en mi lado izquierdo
sucesos de mi niñez.

Mi valle viñalero

Yo nací en un valle hermoso
entre palmeras y flores,
cuna de mis anteriores
y me siento muy orgulloso.
En mis ratos de reposo
he podido comprender
lo bonito que es nacer
ante la inmortal belleza
que hizo la naturaleza
con su fuerza y su poder.

Vengo

Vengo desde los mogotes
donde la brisa en su calma
teje sueños a la palma
y a la décima en sus brotes.
Los promontorios, islotes
que se elevan sobre el valle,
parecen en su detalle
camellos que se han dormido
y el sol, un cinto encendido,
se le ha prendido del talle.

Herradura

Las espinas de la vida
agujerean mis rosas,
qué tristes las mariposas
con el pesar de la herida.
Al emprender la partida
mis pétalos se doblegan,
a la nostalgia se entregan
los momentos más felices
y dejan sus cicatrices
hondos pesares que llegan.

Herradura, tierra buena
que me dio pan y cobijo,
siempre en mí tendrás un hijo
como abeja a su colmena.
Aquí me vio la serena
luna cantando hasta el día,
aquí la sabiduría
de mis guajiros anhelos
le dio a mi lira sus vuelos
en noches de canturía.

Paradojas
(décimas al revés)

Yo vi llorar una cuna
dentro de un niño chiquito,
también he visto un pomito
metido en una aceituna.
Vi suspirar a la luna
al reflejo de una vieja,
y vi meterse una teja
por debajo de un ratón,
y correr un saxofón
al oír una coneja.

Yo vi correr un arroyo
por la orilla de un caimán,
y también vi al gavilán
preso en las garras de un pollo.
También he visto un cogollo
sobre un pitirre posado,
en un caballo encerrado
un potrero el otro día,
y sobre una gran jutía
yo he visto un árbol sentado.

Yo vi sobre una tojosa
un estante de potrero,
y vi prendido un sombrero
de la cinta de una rosa.

También vi una mariposa
y sobre ella un clavel,
un delicioso mantel
tendido sobre un *mangal*,
y hacia la guardia rural
yo vi correr un cuartel.

Yo he visto a una Justa injusta,
estrellas que no son astros,
marcas que no dejan rastros,
y una Fina bien robusta.
Dulce que a nadie le gusta,
Libradas de la prisión,
Caridad sin compasión
y Américas muy chiquitas:
también he visto Benitas
que llegan al corazón.

La máquina de coser

¿Cuánto tiempo hace que cose
esa máquina de usted...?
Yo de soltera no sé,
de casada lleva doce.
Tiene golpes muy *feroce*
para alargar la puntada,
una hebra muy delgada
bota por la delantera
y es porque la lanzadera
la tiene un poco gastada.

El robo de las dos yaguas

Pacheco, si yo me entero
que dos yaguas valen tanto,
por Dios que no las levanto
dos metros de su lindero.
Y si ahora considero
que usted se me ha puesto bravo,
de ese delito me alabo,
y, después que ya las traje,
le hubiese evitado el viaje
pagándole algún centavo.

La familia

Yo me encuentro con papá;
Juan Victoriano con Vivo,
y a Loida te la describo
en las piernas de mamá.
Junto a Delia, Paula está
sentada con Miguelina.
Rosa y Mongo allá en la esquina;
a Elio, Félix, Seo, el Niño
y a Rolando con cariño
le cantó décimas Fina.

Yo, Rolando, el Niño y Seo;
Helio, Félix, Rosa y Mongo,
y a Miguelina la pongo
con Paula y Delia yo creo.
A Quina y Loida las veo
juntas, con Vivo y mamá.
Victoriano y Juan allá,
papá y tú, querido hermano,
y a la décima de Aniano
le caben diez gentes ya.

La perra de Antonino

Celo Rábago tenía,
se la habían regalado
a su servicio y cuidado,
una perra policía.
Pero resulta que un día
se la pidió un campesino
a quien, como buen vecino,
nada le pudo decir.
Y la perra fue a vivir
a la casa de Antonino.

«Ladrando de qué manera
el día entero pasaba
y ninguno me tiraba
ni un negro macho siquiera.
Un día la cocinera,
con su delantal de rusia,
me empapó con agua sucia,
despiadada y agresiva.
Y ya ves que sigo viva
pero gracias a mi astucia.

Como de comer me dio
una yuca salcochada
y casi que no era nada
para lo que como yo.

¿Agua? Ni me la enseñó;
pero un día en la mañana,
como cosa de jarana,
que le pregunten al poeta
por qué me tienen a dieta
estando yo buena y sana.

Celestino, no te azores
cuando te cuente mis penas,
aquella casa está llena
de músicos y cantores.
Allí se ven los primores
de la dulce inspiración,
y en la rústica mansión,
donde por poco me muero,
igual te hacen un sombrero
como te tocan un son».

Cansada de su existencia
logra la soga quebrar
y la perra fue a parar
a su antigua residencia.
Todos extrañan su ausencia
por lo bien que se portó;
y cuando la perra vio
a su dueño Celestino,
en el lenguaje canino,
de esta manera le habló.

«No comprendo, Celestino,
qué fue lo que tú pensaste

el día que me mandaste
a la casa de Antonino.
Si era morir mi destino
o ya tú no me querías,
me hubieras quitado un día
la vida de cualquier modo,
que muerta, a pesar de todo,
tal vez te lo agradecía.

Recuerdo en una ocasión
que el poeta me miraba
mientras que yo lo observaba
con ojos de compasión.
Me llenó de inspiración
y un trozo de bacalao
me dio, que estaba salao,
y más tarde el timbalero
me dio un pedazo de cuero
de los timbales de cao.

Celestino, si mi estrella
es vivir lejos de ti,
antes de irme de aquí
guíndame en la ceiba aquella.
Antonino me atropella
de un modo abusivo y fiero,
por eso decirte quiero,
si no me puedes tener,
antes de irme con él
me voy con el guitarrero».

El carro del maromero

El carro del maromero
tiene un acumulador,
ruedas, acelerador,
y un buen eje delantero.
Dice Arcadio que está entero,
tiene aceite y gasolina,
tiene buena la bobina,
los aros y los pistones,
y entonces ¿por qué razones
este carro no camina?

Flores Panchón Hernández

Me dijo Flores Panchón
con un pensamiento negro:
«La enfermedad de mi suegro
me salvó la situación.
Una puerca y un lechón
compré en tres pesos y pico;
y el abono toditico
dejé en casa de Tomás.
Si el viejo dura un mes más,
por Dios que me vuelvo rico».

Glosa I

Atado un remo de un lino
está mal atado y temo
que se lleve lino y remo
la fuerza de un remolino.

De febrero una mañana
no queriendo trabajar
me fui un ratico a pescar
a una playita cercana.
Atravesé la sabana,
y allí al final del camino,
al pie de un coposo pino,
un barquillo divisé
teniendo, no sé por qué,
atado un remo de un lino.

El cierzo suave soplaba
moviendo la navecilla
y en cierta apacible orilla
tranquilo un hombre pescaba.
Me dijo: «Señor, estaba
impaciente ya en extremo,
cuando fui a mover un remo,
y al notar que estaba roto,
lo dejé por el baroto,
está mal atado y temo».

«Según dijera un señor
se aproxima una tormenta
y si es como representa
me infunde puro temor».

«Creo que será mejor
ruegue al creador supremo
y lo amarre al otro extremo
antes que se agite el mar,
tal vez pudiera evitar
que se lleve lino y remo».

«Y si no ha pensado mal,
que nada le sea extraño,
pasará sin hacer daño
a su bote el vendaval».
«Pienso sea más legal
preocuparse, campesino,
y que por falta de tino
buena previsión no quede
puesto que sé cuánto puede
la fuerza de un remolino».

Glosa II

Los pelos de una botella,
el zumo de un pedernal,
de ventolera un quintal
y de una nube la empella.

Se ha acabado el *machadismo*,
gobierna Carlos Manuel,
entre miseria y tropel
siempre se queda en lo mismo.
San Martín, todo civismo,
que amó tanto a Cuba bella,
no pudiendo hacer por ella,
le ha dejado al buen amigo
para que forme un abrigo
los pelos de una botella.

El doctor la examinó
teniendo mucho cuidado,
la miró y quedó parado,
y entonces dictaminó:
«Ella aún no ha muerto, no,
no se puede maltratar,
pero al hallarla tan mal,
al cambiarle su receta,
le dispuso como dieta
el zumo de un pedernal».

Ya Cuba estaba aliviada
y pusieron a su vista
inyecciones de Batista
al darle la fuerza armada.

Con eso no logró nada,
su dolencia era mortal
y en el Hotel Nacional,
mirando un retrato al óleo,
le mandó del Capitolio
de ventolera un quintal.

El mal se le complicó,
en tal caso y mala suerte
entre la vida y la muerte
mil veces Cuba se vio.
El doctor se retiró
sin dejar rastro ni huella
y hoy le dan a Cuba bella
para consolarla al fin,
extracto de San Martín
y de una nube la empella.

La última guayabera

Pronto me voy a poner
mi última guayabera:
no es de tela, es de madera,
es clavada y sin coser.

Dicen los sabios que el hombre,
al llegar a la vejez,
retrocede a la niñez
sin que el suceso lo asombre.
Tal proceso tiene un nombre
o lo debiera tener,
y yo me quisiera ver
con los ojos de un poeta
pues como un niño de teta
pronto me voy a poner.

Yo no le temo a la muerte
que amenaza en la vejez,
porque al fin de cuentas es
cuestión de desgracia o suerte.
Es inmóvil y es inerte
pero bajo nuestra esfera
oigo como una quimera
el último martillazo,
¿es que están haciendo acaso
mi última guayabera?

Yo conozco el material
pues cuando lo están formando
siempre le van agregando
su adornito artificial.

A nadie le queda mal,
ella le sirve a cualquiera,
y si es que tiene allá fuera
una cita con la vida
porque la prenda escogida
no es de tela, es de madera.

Qué aprieto para el difundo,
si en tan rígido equipaje
pretendiera largo viaje
sin quebrar un solo punto.
Tendrá que llevar adjunto
con qué el vestuario romper
al que se le ocurra hacer
viaje a la parte de afuera
porque dicha guayabera
es clavada y sin coser.

ANÉCDOTAS

I

Época de cosecha en San Andrés de Caiguanabo, lluvias torrenciales, y una brigada de mujeres que traían a medio mundo alebrestado. Y Aniano allí, con su jolongo repleto de café, laborioso como hormiga, desplazándose de un surco a otro sobre las hojas muertas, buscando las matas más generosas. Una pisada en falso y rueda cuesta abajo, dejando tras sí una estela de granos rojos y amarillos. Se incorpora, enfangado hasta el blanco de los ojos, y las mujeres ríen burlonas. «¿Qué te pasó, Aniano?».

Y él, serio, sin perder la compostura, replica con lengua despierta:

Esta mañana pisé
una cáscara de mango;
resbalé, caí en el fango
y hasta el ojo me enfangué.
Eso nunca más lo haré
porque eso no debe ser,
así dice mi mujer,
que pisar es peligroso
con el suelo resbaloso
y acabado de llover.

II

Afirma Andrés Rodríguez que Aniano tuvo unas palabras con un vecino en Laguna de Piedra, y fingió que estaba bravo. Le dijo: «Si tú lo que quieres es bronca o tragedia conmigo, vamos bien lejos, donde no dé la peste. ¿Te parece bien la Loma de la Jutía?». El otro lo miró con expresión huraña. «A mí me da lo mismo, compay». «Pues para luego es tarde», dijo Aniano. Y echaron a caminar. La loma en cuestión es muy empinada, como de un kilómetro, y el trillo serpentea entre riscos y matojos, lo que dificulta aún más la marcha. Llevaban subiendo cosa de diez minutos y el otro le dijo: «Aquí, Aniano», y este le respondió: «No, vamos más arriba». Así se lo dijo dos o tres veces, y Aniano igual, negándose, hasta que el otro, sudoroso, cansado, lo agarró de la manga y dijo: «Aniano, aquí quedas tú o quedo yo». Aniano se liberó de un tirón y respondió: «Pues quédate tú, que yo sigo». Y siguió subiendo, entre risas.

III

Laguna de Piedra, Viñales. En un lugar conocido como La Cañona, vivía un señor de origen chino, Francisco Reyes, a quien no se le podía decir «Manila». Tenía un cocal hermoso pero, sobre todo, se distinguía una mata con varios racimos imponentes. Aniano los miró y quedó deslumbrado.

«Qué buenos están esos cocos para robártelos y hacer un dulce». Francisco rió y le dijo: «Eso es muy fácil, si puedes llevártelos te regalo el azúcar y el queso». El chino confiaba en su perro, a quien únicamente su madre podía acercársele para echarle la comida.

Al oscurecer, Francisco lo amarró bajo la mata de coco. Aniano, a pesar de todo, logró llevarse unos cuarenta. Por la mañana llegó a la bodega del chino y le dijo: «Francisco, dame el azúcar que las mujeres se quedaron pelando los cocos». El hombre se asomó a la ventana, los racimos habían desaparecido y al perro no logró distinguirlo por ningún lado. «Bien, Aniano», dijo y comenzó a despacharle el azúcar. Aniano lo miraba, socarrón, y cuando el otro fue a picar el queso, le dijo: «No, no, deja eso que allá a nadie le gusta». Cogió el cartucho de azúcar, dio un par de pasos y se detuvo en la puerta. Desde allí dijo: «Ah, y ve a buscar al perro, le di pase por cuatro días y se te puede poner flaco».

Francisco trajo al perro de regreso. Pero desde ese día el animal no podía oír el nombre de Aniano Coro porque no hallaba lugar dónde meterse.

IV

Según Osmani Miranda Puente, su abuelo le contaba que una vez se encontró con Aniano y este le preguntó: «¿Cómo está la cosecha?», y él

respondió que tenía un corte de maíz que las espigas se perdían entre las nubes. Aniano le comentó entonces de sus guineos, las parejas salían volando y los machos montaban a las hembras y volando ponían los huevos que, antes de llegar a la tierra, sacaban nuevos pichones. Entonces el abuelo Eugenio preguntó: «Aniano, ¿y qué comen esos animales?». «De las mazorcas del maíz tuyo». Y lo miró, muy serio.

V

Aniano había sido citado para el cuartel varias veces, y jamás fue. Entonces el teniente le dijo a la pareja de guardias, Tano Panchón y Palmer: «Está bueno ya. Me traen a Aniano Coro vivo o muerto». La pareja estaba en La Cañona, a la bajada de la loma La Pendejera, cuando vieron que Aniano se acercaba a pie. Tano le dijo a Palmer: «Sujétame el caballo que se espanta cuando oye los tiros». Era un distancia de cien a ciento cincuenta metros, más o menos. El guardia dispara y Aniano cae. Cuando van a buscarlo, no encuentran el cuerpo. Se juntaron varias personas atraídas por el disparo, y siguieron buscando hasta muy tarde, sin resultado alguno. Entonces la pareja decidió regresar al cuartel.

Cuando llegaron, Palmer fue donde estaba el teniente porque a Tano le daba pena informar lo sucedido. «Teniente, le tiró a boca de jarro y no lo encontramos. Como si la tierra se lo hubiera

tragado». El oficial llamó a Tano y le preguntó si era cierto lo que su compañero contaba. «Usted sabe que yo no fallo, teniente, pero no sé qué pasó. Cosa de magia, no me lo explico». El oficial los miró, serio, rascándose la barbilla. «Déjenme a Coro quieto», dijo, «no quiero oír más su nombre aquí en el cuartel».

Sin embargo, los guardias siguieron insistiendo en la captura de Aniano, pues para ellos ya era una cuestión de honor.

Dejaron pasar los días, hicieron correr la bola del indulto del teniente. Mejor que Aniano pensara que no tenía nada que temer.

Cierto día iban por una guardarraya y se encuentran con Aniano. «Coro, ¿vas para Viñales?». Él respondió que sí, para allá iba. Tano, sonriendo, hizo un gesto con el brazo señalando la zanca de su bestia. «Si quieres, sube. Todavía falta un buen trecho». De un salto, Aniano estuvo sobre la bestia. Ellos iban delante, Palmer detrás. Al llegar al puente de Zacarías, poco antes de llegar a Viñales, asombrado, Palmer nota la ausencia de Aniano. De un silbido, llama la atención de su compañero. «Tano, ¿dónde está Coro?». Lo mira asombrado. «Coño, Palmer», dice, «tú que vienes detrás, ¿no sabes dónde se metió?». «Yo no creo que se haya vuelto a escapar. Lo teníamos cogido, Tano». «Yo te lo digo: ese tiene pacto con el más allá».

Al llegar a la bodega de Pancho Luis, Tano fue a bajarse del caballo y se cayó de cabeza. Aniano, no se sabe cómo, le había picado las cinchas.

VI

Según Andrés Rodríguez, un día Aniano metió el caballo en el comedor de su casa porque estaba lloviendo, y lo ensilló. Entonces miró a Aracelia, la madre de Andrés, y le preguntó: «Y ahora, ¿cómo monto yo?». La anciana, preocupada, gentil, le dijo: «Espérate, yo te busco un taburete», y se fue rumbo al comedor. Apenas la buena mujer viró la espalda, Aniano dio un salto y cayó sobre el caballo, los hombros rozando el techo, la barriga estragada, pegada a la silla, lo que parecía imposible en tan reducido espacio.

La anciana regresó con el taburete y, al verlo risueño en semejante posición, le dijo: «Esto no me lo vuelvas a hacer porque cojo la escoba y...». Aniano movió las manos, aparatosamente. «Ay, mi viejita», dijo, «que eso duele mucho».

VII

A los pocos días volvió Aniano a casa de la familia de Aracelia, y los encontró sentados a la mesa, comiendo. Ella, recordando el chasco del taburete, le dijo: «Comida, hay, Aniano, pero ¿ves?, la mesa está llena». Él miró en todas direcciones, vio a Julia, la hija de Aracelia, sentada a la cabecera, y fue hasta ella. Se arrodilló, levantó la cabeza justo a la altura de la mejilla de la muchacha, y le susurró: «Una cucharada para ti, otra para mí, ¿está bien?».

Ella afirmó, sonriendo. Acercó la cuchara, Aniano abrió la boca como pichón hambriento, terminó de masticar, miró a los otros, guiñando el ojo. «Ven», dijo, «también para mí hay espacio».

VIII

A los pocos días volvió Aniano a casa de Aracelia. Ella remendaba unos pantalones. Era mediodía y estaba lloviendo. Él se sentó en el durmiente del portal y Andrés en el pilón del arroz. Aniano comenzó a silbar pero lo hacía de tal forma que Aracelia pensaba que era su hijo. Por eso le decía: «Andrés, ¿tú estás chiflando?». Y él que no, mamá. Cuando ella se lo preguntó dos o tres veces, le fue para arriba dándole trompadas al tiempo que le decía: «Te dije que no lo hicieras más». Entonces intervino Aniano: «No, por favor, no le des más, era yo quien lo estaba haciendo para ver cómo usted se ponía».

IX

Mientras realizaba algún trabajo, cuando tenía ayudantes o había alguien presente, Aniano, maliciosamente, cantaba:

La vida es una novela
toda llena de ternura
y dura más una vela
que lo que la vida...

(Ahí se detenía, como si no encontrase la palabra justa para completar la cuarteta, y si algún oyente aficionado a la décima —algo común en nuestro pueblo— aventuraba la palabra «dura», cierre consonante perfecto, entonces Aniano, riendo feliz, gritaba: «Así tengo yo la vela»).

X

El perro de Nicolás Matías tenía muy malas pulgas; si se soltaba, mordía a cualquiera. Aniano lo miró un instante y luego preguntó a su amigo: «Colás, ¿por qué tienes al perrito amarrado?». Y este le respondió: «Ese no tiene paz ni con él mismo». Aniano, muerto de la risa, le dijo: «Ese animalito es noble, Colás». El otro le advirtió: «No te le acerques, que te desbarata las manos». Aniano seguía acercando las manos a la cabeza del perro. «Perrito, ¿tú estás bravo?», y comenzó a acariciarlo. El perro bajó la cabeza y metió el rabo entre las patas. Aniano lo zafó y estuvo toda la tarde paseando al perro por el solar.

Todo el mundo se admiraba y decía: «Pero... ¡Aniano anda con el perro!». Antes de irse, lo amarró; después, el dueño ya no podía llegar donde estaba el animalito. ¡Ni para echarle la comida!

XI

A Francisco Reyes no se le podía decir «Manila», y eso que era de origen chino. Aniano le sacó unas cuartetas y llegó a la bodega y le dijo: «Francisco, me da mucha pena decírtelo, yo no sé hasta dónde llega la gente, mira para eso, hacerle eso a usted que es una persona tan seria…», y Francisco le contestó: «¿Qué pasa, Coro?». Aniano le respondió: «Te sacaron una décima», y el chino, resignado, le contestó: «Pues, qué vamos a hacé, dímela».

Y Aniano, muy serio, se la recitó:

Francisco *el Manila* un día
a una botica llegó,
una guataca pidió
creyendo que allí la había.
El boticario reía
diciéndole de este modo:
«Aquí podrá haber de todo,
guataca pudiera haber…»
Entonces Francisco el Manila *interrumpió:*
«Pero sí pueden vender
sulfato, magnesia y yodo».

XII

En La Güira, en un lugar conocido por El Venadito, Aniano estaba haciendo unas cabañas encima de unos árboles, y debajo iban a poner unas mesas para el turismo, u otro personal que visitara el lugar.

Llegaron dos máquinas con varias personas, y una señora se quedó como boba mirando el trabajo que hacía Aniano. Lo señaló con el dedo y le dijo a los demás: «Miren, un señor techando un palo». Y Aniano le contestó: «Sí, señora, yo lo mismo techo una casa que techo un bohío que techo un palo cualquiera». Entonces todos rieron a carcajadas y después lo invitaron a tomar cervezas.

.

XIII

Desde media tarde, Aniano y su amigo se habían instalado tras la barra. Charla amena, salpicada de chistes verdes, cerveza helada y platillos de jamón y queso. Ahora ya era de noche y el ambiente comenzaba a enrarecerse. Pululaban los «sapos». Antes de irse, pidieron otra ronda. El camarero trajo dos cervezas y uno de los presentes, autoritario, dijo: «Pon otra, Aniano paga». El camarero lo miró, indeciso, pero Aniano se puso en pie y, con firmeza, expresó:

Aunque veas que yo vago
manso como una paloma,
tú la pides, te la tomas;
pero yo no te la pago.

Y volvió a sentarse, entre risas y aplausos.

XIV

Tono Coro y Aniano salieron del Entronque de Herradura con Rafael en un jeep para pasear un poco y tomarse unos tragos. Antes de llegar a Corralito, los paró un hombre que iba para el crucero de Santa Clara. Rafael, que iba manejando, le dijo: «Monta que te llevo». Desde que el hombre subió, Aniano fingió ser anormal y, cuando se le sentó al lado, lo abrazó diciéndole: «Tío, tío, tú eres mi tío». El hombre no sabía qué hacer y Aniano seguía insistiendo: «Tío, tío, tú eres mi tío», y el hombre: «Pobrecito el bobito, ¿es de nacimiento o después se puso así?». «Es de nacimiento», contestó Rafael. El señor dijo: «Qué clase de problema para ustedes», se condolió el hombre, «pero qué le vamos a hacer, así es la vida».

Ya había pasado como un kilómetro de donde él tenía que bajarse, Aniano se hizo el dormido y el señor le dijo a Rafael: «Parece que el bobito se durmió, déjeme aquí». Cuando se bajó, Aniano volvió a insistir: «Tío, tío, ven», y el hombre echó a correr hasta perderse en la oscuridad de la noche.

Rafael tuvo que parar el jeep, desbordado de risa.

XV

Aniano, con sus varias artes, siempre estaba dispuesto a ayudar a un amigo en apuros. Esta vez, en precario

equilibrio, encorvado, se afanaba en arreglar un techo de tejas. Por la acera de enfrente pasaba un conocido. Al verlo en tal posición, le gritó: «Oye, Aniano, pareces un mono ahí arriba». Él apenas lo miró un instante. «Y tú pareces un hombre», le dijo.

XVI

Después del trabajo, iba Aniano para su casa, y ya en la parada, llegaron dos maestras. Aniano fingió estar inválido y comenzó a temblar de continuo; al poco, sin dejar de mirarlo, las maestras dijeron: «¿Y tú qué tienes?», y él: «Aquí, tullío del frío; figúrate, somos diez de familia y yo soy el único que puede hacer algo». Las maestras le dieron colcha, un abrigo y dinero.

Cuando llegó a su casa, aquello fue algo grandioso: llamó a los vecinos y celebraron como si fuera una fiesta. Y él contándole a todos lo que había hecho para obtenerlo.

XVII

Como regalo, en broma, un amigo envió a Aniano una caja lujosamente decorada. Contenía dos enormes tarros de buey y un papel perfumado con una escueta dedicatoria: «Feliz cumpleaños, amigo».

De momento, Aniano nada respondió. Esperó pacientemente y, en fecha propicia, le envío un ramo de flores y una sentida nota: «Cada cual ofrece lo que puede: si tarros tienes, tarros brindas; yo flores tengo, flores te brindo».

XVIII

Allá por los setenta, salió Aniano un día de su casa en el Entronque de Herradura y comenzó a gritarle a los vecinos: «Corran, corran», y la gente que lo conocía, le preguntaban: «¿Qué pasa, Aniano?», y él seguía sin responder: «Corran, corran», y la gente tras él, veinte, treinta, sumándose sin saber.

Cuando ya habían recorrido como casi dos kilómetros, le gritó a sus seguidores: «¡Yaaaa!», y la gente: «¿Ya qué, Aniano?», y él les contestó: «Ya estamos listos contra el sedentarismo», que era la consigna de moda, y entonces sí tuvo que correr de verdad pues la gente lo quería matar.

XIX

Aniano comenzó a darle vueltas a un pantano que había cerca del camino. Y decía: «¡Miren!», señalando para el pantano, y seguía dando vueltas. La gente comenzó a acercársele cada vez más y más.

Cuando alrededor del pantano no cabían más personas curiosas por saber qué le pasaba a

Aniano, él dio un salto y cayó en el mismo centro salpicando a todos los que estaban allí.

XX

Aniano estaba recostado a una máquina que había comprado un conocido suyo, era el carro del año y el dueño le dijo: «Aniano, despégate del carro que me lo vas a ensuciar todo», y él le contestó:

Dios te dio felicidá,
te dio dinero, un fotingo;
pero también te dio un pingo
que no te sirve paná.

XXI

Tatica era un guardia rural de muy mal genio y aquella tarde estaba cuidando unas peleas de gallos en Piloto. El hombre tenía una «pelota» en la cara, de nacimiento, cosa que lo acomplejaba. Los amigos de Aniano le dijeron que, si le tocaba la pelota a Tatica, le daban siete u ocho pesos, una verdadera fortuna por aquellos días.

Cuando le dieron el dinero, él se hizo el inválido y fue donde el guardia diciéndole: «Yo quiero caramelo, pirulí», tocándole los bolsillos, y el guardia lo empujaba y le decía: «Coja para allá que yo no tengo caramelos», y Aniano: «¿Y ese que tienes ahí?», y le tocó la pelota de la cara. El guardia lo empujó de nuevo y se lo quitó de arriba como pudo

y todo el mundo riéndose de aquello, y a Aniano no le quedó más remedio que irse aún fingiéndose inválido. Caso de descubrirlo, sabía que el guardia podría matarlo.

XXII

Una vez, según Jesús Arencibia Coro, Aniano fue a bañarse al charco Larreinaga con varios compañeros del barrio; entre ellos, los hermanos de Cándida, su novia, que se negaban a que ella tuviera relaciones amorosas con él, y estaban esperando la oportunidad para maltratarlo en el agua. Pero Aniano, que ya sabía esto, preparó la escena un día antes. Vino al charco y, debajo del canelote, preparó una zanja donde cupiera su pequeño cuerpo una vez sumergido.

Comenzaron todos a tirarse al charco. Aniano entre los primeros. Se sumergió, nadó hasta la zanja, salió entre las yerbas, fue hasta el matorral donde previamente había ocultado una muda de ropa, se vistió y se marchó.

A los pocos minutos se dan cuenta de que Aniano no aparece y algunos comentan: «Sí, Aniano se tiró con nosotros». «¿Dónde está?». Los que querían golpearlo negaban que Aniano hubiese estado allí, otros salieron a pedir auxilio pensando que se había ahogado. Y comenzó el comentario en torno a su misteriosa desaparición, hasta que llegó la noticia a la guardia rural a través de los familiares.

Aniano se escondió varias horas en una casa de tabaco cercana y, cuando ya lo daban por muerto, se aparece chiflando y cantando en casa de Cándida y sus hermanos.

Después de eso, Aniano fue el mejor amigo y cuñado del mundo para ellos.

XXIII

Poco antes de su muerte, en Entronque de Herradura, Aniano convocó a todos los viudos del barrio. Una vez reunidos en el parque, ante el silencio solemne del poeta, uno de ellos se atrevió a preguntar: «¿Para qué nos quieres?». Él los recorrió con la vista, mirándolos con fijeza. «Yo pienso partir pronto», respondió por fin, «y quiero saber si tienen algún mensaje para sus esposas».

XXIV

En sus ratos libres, Aniano iba de pesquería con un grupo de amigos. En cierta ocasión, mientras atravesaban una amplia explanada para llegar al río, uno de ellos se puso a improvisarle:

«Si tú me vieras a mí
en esta verde sabana
corriendo tras de tu hermana
como un potro que yo vi».

Y Aniano le contestó a la velocidad de un rayo:

«En tu rostro conocí
que lo dices de jarana.
Yo en esta verde sabana,
suelto de caballo padre,
corría tras de tu madre
cuando abandoné a tu hermana».

XXV

En aquella época existía una revista que traía unos jeroglíficos y, quien lo descifrara, recibía un premio en metálico. Aniano fue el único de la zona que logró adivinarlo, y era de esta manera:

Respuesta de Aniano:

Cesó la negra partida dentro de una gran derrota.

XXVI

Con frecuencia iban de pesquería a los canales de regadío de Herradura. A mitad de camino, toparon con un buey que estaba muy enredado con la soga. Tuvieron que picarla para salvarle la vida. «Aniano, pobre buey», dijo Prin, «si no llegamos a tiempo, se ahorca». «No», ripostó Aniano, «pobre vaca». El otro lo miró extrañado: «¿Qué tiene que ver la vaca con este buey?» Aniano sonrió:

«Sí», le dijo, «pobre vaca,
que él le manda la estaca
hasta donde dice la ley».

XXVII

Cierto día, en el Entronque de Herradura, estando Aniano de pie en la parada de la guagua, vio que un amigo sacaba la cabeza por la ventanilla y le hacía señas. «¿Qué?», preguntó mientras se acercaba. «Dame el culo», pidió el otro. «Noooo», gritó Aniano, «yo no lo tengo, cuando te lo cogí, te lo devolví. Mira a quién tú se lo diste que todavía no te lo ha devuelto».

XXVIII

Allá por San Andrés de Caiguanabo andaba un señor que usaba unos espejuelones porque tenía problemas de visión. Por eso los vecinos lo llamaban Chivatuerta. Cuando lograba descubrir quién se

lo gritaba, fuera quien fuera, tenía problemas con él. Al fulano le gustaba improvisar, algo muy común en aquellos tiempos. Dondequiera se formaba un guateque.

En casa de Palomino se daban a lo grande, sobre todo cuando se anunciaba la presencia de Aniano. Una tarde, Chivatuerta se dejó caer por allí, la cosa estaba que ardía, los poetas improvisaban al duro, dándole al aguardiente como carreteros en noche de tormenta.

Al Chiva le llegó su turno, cantó con energía y bravura, paseando en las pausas la mirada altiva por la concurrencia. Terminó entre aplausos y fue a recostarse a la puerta principal, la mano apoyada en el marco.

Ahora le correspondía el turno a Aniano. Los amigos le pidieron que le cantara algo a Chivatuerta y él se dispuso a complacerlos:

A mí me dijo un amigo
que al de la mano en la puerta
le dijera Chivatuerta
pero yo no se lo digo.

El hombre pareció mordido por una víbora. Dio unos pasos hacia Aniano, mirándolo fijo, el cuchillo firme en la mano.

Los presentes, a duras penas, lograron controlar la situación. Cuando todo volvió a la calma, Aniano le dijo, sonriendo: «¿Por qué te pones tan bravo, chico?», y le disparó el tiro de gracia:

A mí me dijo un amigo,
con el mando de su padre,

que te mentara la madre
pero yo no te lo digo.

Sin remedio, ahí terminó la fiesta. Di tú. Como la del Guatao. Sí señor.

XXIX

Al margen de su apariencia austera, Aniano siempre tuvo un carácter jovial, festivo. Le gustaba repetir frases o refranes que validaban su credo existencial. Algunos ejemplos:

- La alegría debe ser un himno para todas las personas.

De la sonrisa:

- Una sonrisa no cuesta nada, pero vale mucho. No empobrece a quien la da y enriquece a quien la recibe.
- Dura solo un instante y perdura en el recuerdo, eternamente.
- Es la señal externa de la amistad profunda.
- Nadie hay tan rico que pueda vivir sin ella, y nadie tan pobre que no la merezca.
- Una sonrisa alivia el cansancio, renueva las fuerzas y se consuela en la tristeza.
- Una sonrisa tiene valor desde el momento en que se da.
- Si crees que a ti la sonrisa no te aporta nada, sé generoso y regala una de las tuyas.
- Nadie tiene tanta necesidad de una sonrisa como quien no sabe reír.

XXX

Aquel día Aniano pidió a su mujer que le tendiera la cama «bien bonita». «¿Y eso para qué?», preguntó ella. Y él, muy tranquilo, sonriendo: «Para morirme», dijo.

Ese fue su último chiste.

HOMENAJES

Ha muerto el poeta

El día de su deceso
dicen que el cielo lloró
y que una nube dejó
sobre sus labios un beso.
Su pueblo natal, en rezo,
no ha vuelto más al laúd,
tal genio en la multitud
tiene vida todavía
porque tanta poesía
no cabe en el ataúd.

Décima escrita por un amigo de Aniano

Aniano

Murió Aniano y ese día
conoció toda Herradura
que su elevada cultura
en la caja no cabía.
Se terminó la alegría
de aquel hombre de coraje
vestido con el ropaje
de visitar el Parnaso
(Homero y Pablo Picasso
le hacían un homenaje).

Alfonso Coro Cordero

Homenaje

¡Ay! ¡Caramba, Aniano Coro!,
la historia que no escribiste
ni por leve ni por triste
nos queda como un tesoro.
¿Cuántas veces pienso, lloro
ante la inmortal belleza?
No es ya tu palabra presa
de silencios sepulcrales:
savia, jugos vegetales
donde anida la grandeza.

Flores Coro Bencomo

Para Aniano

¿Estás dormido, poeta,
o acaso ya muy cansado?
Los ojos se te han cerrado
con la mirada secreta.
¿Qué te ha pasado, profeta?
Levántate de ese lecho,
enfrenta el camino estrecho
y lanza lavas al llano,
tú, que eres volcán, Aniano,
con llama eterna en el pecho.

Jesús Arencibia Coro

Ir por lana

(...) los pelos de una botella,
el zumo de un pedernal,
de ventolera un quintal
y de una nube la empella.
ANIANO CORO

Rica fue desde la cuna
la media naranja mía,
verdad que no parecía
adorno de la montuna.
Qué facha. Mil mañas y una
onza bizca en la querella.
A pesar de todo, bella,
sola en casa la dejé
y en duro pesar gané
los pelos de una botella.

Tacaña como su abuela
por nada se conmovía
¡y yo, incluso en charca fría,
lograba tierna candela!
Por nochebuena usó tela
de estreno en la capital;
pero yo, siempre fatal,
luego del sonoro «sí»,
no pude sacarle ni
el zumo de un pedernal.

En más de una noche artera
escampó en la serranía
y aún la casa parecía
guayo, tamiz, regadera.

Ella jamás desespera:
elefante en el trigal
hace frente al vendaval
que enloquece la cobija
y mete por la rendija
de ventolera un quintal.

En amargo desespero
me alejé sin hacer ruido
y viéndola allá en su nido
un pensamiento certero
iluminó mi sendero:
«Razón tiene la plebeya,
y para regresar con ella
como dote he de llevar
todas las perlas del mar
y de una nube la empella».

Eduardo Sarabia Vázquez

El poeta Aniano

Tan popular como puro
en la décima cubana,
el verso se le desgrana
como volando al futuro.
Lo conocí y aseguro
que el poeta Aniano Coro
con sencillez y decoro
del humorismo con brío,
sembró por Pinar del Río
en décimas un tesoro.

Eugenio Vicente León Labrador

Aniano

Juglar entre los juglares,
amigo entre los amigos,
se le abrían los postigos
en los más criollos lares.
El gozo de sus cantares
mezcló seriedad y humor,
pues dicen que el trovador
a cada paso que daba
en los versos demostraba
su don de improvisador.

Candito Lemus Gutiérrez

Luz de poeta

Aniano Coro, qué luz
de poeta y ser humano,
el corazón y la mano
hasta el día de la cruz
Hoy todos lloramos sus
últimos versos de adiós,
hoy que seguimos en pos
de la décima guajira
y sentimos que nos mira
desde el palacio de Dios.

José Lorenzo Delgado

Décimas para Aniano Coro Cordero

¿Quién dice que Aniano ha muerto
si en cada verso lo noto
desde el sitio más remoto
que nos lo muestra despierto?
No muere el hombre, no es cierto
si es forjador de obras bellas,
si galopa en diez centellas
con las cuerdas al compás
y va dejando detrás
las más luminosas huellas.

Viñales, perla y rocío,
Su cuna, bardo que al paso
Enjoyó más de un parnaso
En todo Pinar del Río.
No hubo un instante sombrío
Para su veta humorista,
Tan versátil, altruista,
Tan versador y agorero
que hoy aplaude un pueblo entero
su humanísima conquista.

Sigue siendo por linaje
De poeta popular
Alma y verso en el altar
De la patria y su paisaje.

Y qué mejor homenaje
En las alas del decoro
Que preservar el tesoro
De las rimas y el gracejo
Que han sido luz y reflejo
Del arca de Aniano Coro.

Lorenzo Suárez Crespo

El revólver al revés

Cuando triunfó la Revolución, el Primero de enero de 1959, Aniano y otros miembros del Movimiento 26 de Julio, tomaron el cuartel de la guardia rural. Aniano cogió el revólver del sargento Generoso y se lo puso a la cintura, pero al lado izquierdo. Por eso, el cabo del revólver le quedaba hacia adelante. Cuando le preguntaron por qué se ponía el revólver al revés, él le respondió que si el sargento Generoso lo usaba a la derecha y había perdido el derecho a usarlo, él se lo ponía a la izquierda para no perder jamás el derecho de usarlo. Así lo portó hasta que recogieron el armamento.

Del libro *Cosas de Zutano,*
Lucio Bencomo Valle

El único filósofo que tuvo la Unión

Aniano también era amigo mío. «Amiguito», me decía siempre que me veía solo por ahí. Tenía una boina negra como la del Che, pero sin estrellita. No se la quitaba ni para dormir. Dormía con Cándida, su mujer; que vendía durofríos a medio y tártaras de hielo a peseta, ¡qué barato!, y con la boina puesta. De él siempre están contando dicharachos y heroicidades de lo más excéntricas. Dicen que cuando el capitalismo, una prestigiosa marca de cerveza empezó a decir en una propaganda que ofrecía cientos de pesos al que pusiera el logotipo de la cerveza en la punta de un mogote del valle de Viñales, que nadie había podido subir. Y dicen también que ofrecían esa cantidad de pesos (cuando valía el dinero de nosotros) porque estaban seguros de que nadie lo haría.

Pero una mañana amaneció el nombre de la cerveza en la punta de aquel mogote imposible. Los viñaleros se cayeron a gaznatones pensando que soñaban. Pero no pudieron despertarse porque no estaban dormidos. «Alabao sia Dios, ¿será verdá lo que están viendo estos ojos que se van a tragar la tierra?», era la pregunta colectiva.

El capitalismo tuvo que pagarle a Aniano los pesos que había prometido y que él, a su vez, le había prometido a su primera hija para celebrarle los quince por todo lo alto. «La edad de las ilusiones.

Las quince primaveras. El adiós a la infancia». Se lo prometió antes de ella nacer: «Si eres hembrita, te celebraré la fiesta de quince más soná de la Unión». Se lo había dicho a la niña, acariciándola por encima del ombligo reventón de Cándida. Y lo cumplió. Bajó del mogote con unas fotos que se hizo él mismo con el automático de su camarita, poniendo el cartel allá arriba, y nadie pudo discutirle el mérito. Los quince fueron por todo lo alto, aunque al otro día no tuvieran nada para comer. El prestigio de la familia quedó salvado.

Hoy, como a cincuenta años de eso, todavía no sabe nadie cómo Aniano subió y bajó de aquella altura. Cuando le preguntaban, decía: «todo se puede en esta vida, solo hay que quererlo realmente». Lo más seguro es que aquel cartel fuera la última propaganda capitalista que tuvimos dentro de la Revolución muchos años. Hasta que el tiempo le dio la gana. Nadie volvió a subir ese mogote, ni para quitar ni para poner otro.

¡Yo estaba loco porque Aniano me regalara una colección de revistas *Life* y *Bohemia* que él guardaba de cuando el capitalismo, y vino a regalármelas diez años después de estárselas pidiendo! «Toma, llévatelas ya, porque estoy al ponerme la guayabera de madera», que es como él llamaba a la caja de muerto. Aniano fue el único filósofo que tuvo la Unión.

No llores ni tengas miedo…
conmigo no te pasará nada
Luis Deulofeu

TESTIMONIO GRÁFICO

Vivienda de Aniano Coro, Entonque de Herradura.

Aniano Coro, con sombrero, en una comida familiar.

Alfonso Coro Cordero, hermano de Aniano.

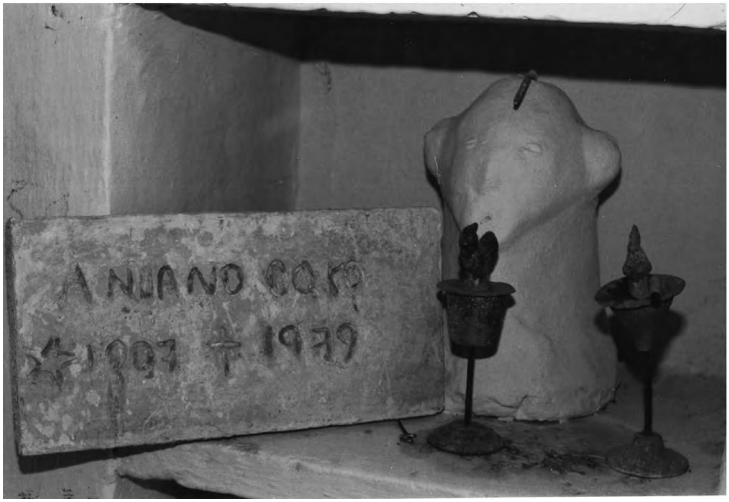
Aniano Coro, Jesús Arencibia(en el centro) y el periodista y escritor Reinaldo Arenas.

«Hatuey Jacarandosa», anuncio publicitario puesto por Aniano en la cima del mogote Puerta de Ancón.

Lidia Coro, sobrina de Aniano, residente en la zona de los Acuáticos, muestra esta barriada viñalera a una turista extranjera.

Valle de Viñales

Otra vista del valle de Viñales



Lápida de Aniano Coro en el cementerio de Consolación del Sur.

Indice

Prefacio/5

DÉCIMAS

Bermejales/8
Décimas gráficas
I **/**11
II /12
La guajira milagrosa de los Cayos de San Felipe/13
Acróstico /21
Décima sin *a* /23
Décima con *ce* y con *eñe* /24
A un amigo poeta /25
Viñales /26
Mi valle viñalero/27
Vengo/28
Herradura /29
Paradojas
(décimas al revés)/30
La máquina de coser/32
El robo de las dos yaguas/33
La familia/34
La perra de Antonino/35
El carro del maromero /38
Flores Panchón Hernández/39

Glosa I/40

Glosa II /42

La última guayabera /44

ANÉCDOTAS

I /49
II/50
III/50
IV/51
V/52
VI/54
VII/54
VIII/55
IX/55
X/56
XI/57
XII/57
XIII/58
XIV/59
XV/59
XVI/60
XVII/60
XVIII/61
XIX/61
XX/62
XXI/62
XXII/63
XXIII/64
XXIV/64
XXV/65
XXVI/66
XXVII/66
XXVIII/66
XXIX/68
XXX/69

HOMENAJES

Ha muerto el poeta/73
Aniano/74

Homenaje/75
Para Aniano/76

Ir por lana/77
El poeta Aniano/79
Aniano/80
Luz de poeta/81
Décimas para Aniano Coro Cordero/82
El revólver al revés/83
El único filósofo que tuvo la Unión/84

TESTIMONIO GRÁFICO

Librerías del país donde usted puede adquirir los libros producidos por el
Sistema de Ediciones Territoriales

Provincia	Librerías	Dirección	Teléfono
Pinar del Río	Viet Nam Heroico	Martí no. 49, e/ Gerardo Medina y Recreo	048-758035
Artemisa	Punto y Coma	Ave. 62 no. 3907, e/ 39 y 41, San Antonio de los Baños	047-383271
Mayabeque	La Edad de Oro	Ave. 47 no. 6423, San José de las Lajas	047-862626
La Habana	Ateneo Cervantes	Bernaza no. 9, esq. Obispo, Habana Vieja	07-8622580
	El Ateneo	Linea no. 1057, e/ 12 y 14, Vedado	07-8339609
Matanzas	Viet Nam	Medio s/n, esq. Callejón Sacristía	045-244782
	La Concha de Venus	Céspedes no. 551, esq. Coronel Verdugo, Cárdenas	045-523806
Villa Clara	Pepe Medina	Colón no. 402, e/ Gloria y Mujica, Santa Clara	042-205965
Cienfuegos	Dionisio San Román	Ave. 54 no. 3528, e/ 35 y 37	043-525592
Sancti Spíritus	Julio Antonio Mella	Independencia no. 29 e/ Callejón del Coco y Ave. de los Mártires	041-324716
Ciego de Ávila	Juan Antonio Márquez	Independencia no. 151, e/ Simón Reyes y José María Agramonte	033-222788
Camagüey	Mariana Grajales	República no. 100, e/ San Esteban y Finlay	032-292590
	Viet Nam	República no. 416, e/ San Martín y Correa	032-292189
Las Tunas	Fulgencio Oroz	Colón no. 151, esq. Francisco Vega	031-371611
Holguín	Ateneo Villena Boter	Frexes no. 151, esq. Máximo Gómez	024-427681
Granma	Ateneo Silvestre de Balboa	General García no. 9, e/ Conducha Figueredo y Antonio Maceo, Bayamo	023-424631
	La Edad de Oro	José Martí no. 242, esq. Antonio Maceo, Manzanillo	023-573055
Santiago de Cuba	Amado Ramón Sánchez	José Antonio Saco (Enramada) no. 356 e/ Carnicería y San Félix	022-624264
Guantánamo	Ñancahuasú	Paseo no. 555, e/ Luz Caballero y Carlos Manuel de Céspedes	021-324833
Isla de la Juventud	Frank País	José Martí s/n, esquina 22, Nueva Gerona	046-323268

Esta edición consta de 500 ejemplares
y terminó de imprimirse en diciembre de 2017
en los talleres de Ediciones Loynaz.
Se empleó la tipografía: Bookman Old Style
Impresión: Lisset Pulido
Encuadernación: Yanet Mesa
y Marbelis Rodríguez
Administración: Jesús González
Publicidad: Equipo de Promoción
Centro Hnos. Loynaz